

EL ÁRBOL DE LAS STEM Y LA PANDEMIA

ION ETXEBERRIA OTADUI

Director General en IKERLAN





Es probablemente demasiado pronto para hablar de certezas en relación al efecto de la pandemia en la sociedad a medio y largo plazo, e incluso en muchos casos también a corto. A falta de datos y estudios detallados, nos movemos más en el terreno de las percepciones y las deducciones que hacemos partiendo de lo que hemos vivido y visto cada persona.

Entre todas esas sensaciones, y centrándonos en las personas jóvenes y el mundo de la investigación, mi percepción es que la pandemia puede acentuar una tendencia que ya estábamos viendo desde hace años: la escasez de profesionales STEM (*Science, Technology, Engineering and Maths*) y la lucha por el talento.

Tengo la sensación de que la sociedad en general y sobre todo las personas jóvenes tienen una visión mucho más práctica y racional de la vida que en el pasado, priorizando lo que uno quiere hacer frente al *“hacer las cosas porque hay que hacerlas o porque siempre*

se han hecho así”. Es cada vez más frecuente escuchar preguntas como *“¿y esto que estoy haciendo para que sirve, que me aporta?”*. La necesidad de tener resultados a corto plazo, la falta de paciencia o la baja tolerancia al aburrimiento son también rasgos cada vez más comunes de la sociedad actual.

Personalmente, cuando tuve que decidir si estudiaba una carrera universitaria, realmente ni me planteé la pregunta de si tenía sentido o no ir a la universidad, si era aburrido o si el esfuerzo y el tiempo que requería estudiar una ingeniería estaban justificados con el rendimiento que obtendría posteriormente por el hecho de disponer de una titulación universitaria. Lo hice porque me veía capacitado, mi familia podía permitírselo y probablemente también porque era lo que tocaba y se esperaba de mí.

La pandemia, el sufrimiento generado en las personas y el aislamiento social que ha provocado no solo durante el confinamiento, sino en todos los

meses posteriores y tanto en el ámbito personal y familiar como en el laboral (donde las relaciones sociales también se han visto muy resentidas), ha hecho que tengamos más tiempo y nos ha dado motivos para pararnos, reflexionar y hacernos preguntas trascendentales. *¿Dedico el tiempo a las cosas que realmente son importantes en mi vida?, ¿Por qué hago las cosas que hago?, ¿Cuál es el propósito de las cosas que hago?, ¿Merece la pena seguir sacrificándome por las cosas por las que me sacrifico?*

Con ello creo que se acentúa e intensifica esa tendencia hacia el corto plazo, la racionalidad y la practicidad que percibo y puede también tener su impacto en un tema tan crucial para el ámbito de la investigación como es la orientación de las personas jóvenes hacia carreras universitarias STEM. Desde hace un tiempo estamos teniendo dificultades para atraer a las y los jóvenes a este tipo de estudios del que se nutren muchos ámbitos relacionados con la investigación, y aunque no hay un único factor para ello, un argumento que se esgrime para justificarlo es que las personas jóvenes ven estas carreras como difíciles y que requieren mucho esfuerzo. Si no existe una vocación por la tecnología, y la decisión solo se basa en el esfuerzo que supone llevar adelante la carrera frente a la retribución a la que se puede aspirar posteriormente, se puede llegar a la conclusión de que realmente no son una buena apuesta. Sin embargo, creo que hay muchos otros parámetros que creo que son importantes como las condiciones laborales de estos profesionales, las posibilidades de conciliación, las oportunidades laborales que ofrecen estas carreras (eso sí, en

algunos perfiles más que en otros), la estabilidad laboral o la componente reto y desarrollo profesional, que actividades como la investigación ofrecen.

Personalmente creo que trabajar en investigación es algo más que trabajar, es contribuir a la mejora de la sociedad y crecer y desarrollarse profesionalmente durante toda la carrera para responder desde la tecnología a los retos que se plantean en la sociedad.

Si no somos capaces de hacer llegar este mensaje a las personas jóvenes o simplemente no comparten esta visión, los efectos de la pandemia pueden acentuar y agravar aún más el problema de falta de profesionales de varias ramas de las STEM que actualmente tenemos, no solo en el ámbito de la investigación sino también en la industria.

Este hecho está provocando una competencia muy alta entre las empresas y centros de investigación, que compiten por las mismas personas y se ven obligadas a revisar y mejorar sus condiciones laborales para competir con el resto.

Y es ahí donde entra un segundo factor clave que nos deja la pandemia: el teletrabajo. Obligados por las circunstancias durante el confinamiento, muchas personas desarrollaron sus actividades laborales y formativas de forma remota, y pudieron vivir en primera persona las ventajas e inconvenientes de este formato de trabajo en unas condiciones muy particulares. Además, y a falta de datos concretos, la percepción general es que la actividad funcionó bien, y que no debería ser un elemento únicamente para hacer frente a

situaciones de emergencia, sino que debería ser una fórmula más de trabajo a utilizar de forma cotidiana una vez finalice la pandemia. Existe una demanda clara sobre todo por parte de las personas jóvenes que realizan actividades profesionales o formativas “teletrabajables” (en el ámbito de la investigación tecnológica este tipo de actividades son muchas) y no es rara la entrevista de trabajo en el que las personas de estos perfiles no pregunten por la posibilidad de teletrabajar algún día a la semana. Y a pesar de no conocer el impacto de estos formatos de trabajo en sus organizaciones a medio y largo plazo, las empresas y centros están obligadas a adaptarse y revisar sus sistemas para seguir siendo competitivas y atractivas para este tipo de perfiles, y tengo la percepción que la mayoría de ellas tendrán implementadas fórmulas de teletrabajo

de uno o dos días a la semana en un futuro no muy lejano (creo que por encima de esos niveles las desventajas de esta fórmula a medio plazo podrían superar a sus ventajas).

En definitiva, creo que la pandemia ha movido el árbol, y este movimiento está acentuando las tendencias que estábamos observando en los últimos años, y nos va a requerir como empresas y centros esforzarnos aún más para, por un lado, ser capaces de trasladar a las personas jóvenes la importancia y la contribución de los perfiles STEM en la sociedad y el atractivo de estas profesiones y, por otro lado, para adaptarnos en la medida de lo posible a sus aspiraciones y necesidades. Un gran reto sin duda y que es clave para el futuro de nuestra sociedad.